



Oakley Hall Warlock

Traducción del inglés de Benito Gómez Ibáñez



OAKLEY HALL
WARLOCK

Traducción de
Benito Gómez Ibáñez

Introducción de
Robert Stone

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Warlock*
Traducción del inglés: Benito Gómez Ibáñez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: marzo de 2009
Primera edición en este formato: enero de 2021

© Oakley Hall, 1958
© de la traducción: Benito Gómez Ibáñez, 2009
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 13053-2020
ISBN: 978-84-18526-10-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

INTRODUCCIÓN

A principios de los años sesenta, poco después de conocerla, mi agente literaria, Candida Donadio, me entregó una novela para que la leyera. Para mi sorpresa era una del Oeste, escrita por Oakley Hall, autor de quien había oído espléndidos comentarios. La última novela de ese género que había leído era una obra de Zane Grey sobre la caza del puma en alguna parte del Gran Cañón. No sabía qué pensar.

Me acuerdo de que el libro me pareció de una claridad maravillosa. No sólo claro, según recuerdo, sino lleno de luz. Al leer, la sensación de encontrarse en una época pasada era muy patente debido a que el estilo no se hacía notar, como todo buen estilo cuando cumple su propósito.

Al releer *Warlock* he vuelto a encontrar esa luz recordada, una luminosidad de media tarde, una claridad que, ahora me doy cuenta, constituye la esencia del buen realismo. En un sentido casi literal, enfocaba a los personajes. Cuando se centraba en una figura en concreto parecía hacerlo desde una distancia diferente de las demás, como si existiera una extensión o reducción de simpatía para los diversos individuos envueltos en la narración. Una luz que por primera vez reconocí, supongo, como luz del Oeste. Un esplendor de grandes horizontes. «Realismo», pensé en aquella ocasión. Esto es realismo del bueno. Y me di perfecta cuenta de la habilidad, de la estrategia con que se había ido poniendo una línea después de otra.

Ahora sé –creo saber– que fórmulas como el realismo, ya sea mágico, hiper, o de cualquiera otra clase, sólo pueden aplicarse de manera muy imprecisa. Nada es *real*; la vida es la vida y el lenguaje es el lenguaje. Una prosa ver-

daderamente excelente como la de Oakley Hall crea sonido, canciones, que no escuchamos, pero que, como suele decirse, llegan al corazón. En todas partes se aprecia una espléndida factura artística, o quizá debiera decir una mano maestra.

Richard Slotkin escribió hace años el tercer y último volumen de su obra sobre la mitología de la frontera norteamericana. Publicada en 1973, la última parte de la trilogía lleva un título que evoca en grado sumo la época de su composición: la guerra de Vietnam y sus ignominiosos años finales. El título es *Nación de pistoleros*.

Los libros de Slotkin sobre la frontera están llenos de perspicacia y sabiduría. Vienen especialmente al caso en relación con la obra de Oakley Hall y, desde luego, con *Warlock*. Si hace unos años hubiera leído el volumen que presenta a Estados Unidos como una «nación de pistoleros», habría creído que llevaba la vergonzosa marca del conflicto interno sobre la guerra de Vietnam. Quizá de forma demasiado profunda. El país en su atuendo de vaquero: doble disfraz tras el que acecha una postura de amenaza e inocencia, ilusión infantil ampliada por un melodramatismo barato.

En realidad, la denuncia del profesor Slotkin a través de la nomenclatura es, sin embargo, mucho menos cómoda, trivial, o incluso sarcástica, de lo que parece. Se trata de una obra de erudición, y se propone desenredar la madeja del mito y la mitopoética en la percepción que Norteamérica tiene de sí misma. En buena parte, la energía del ensayo se centra en el examen de la creación del mito americano y en la definición de diversas clases de mito. En un momento dado, Slotkin cita al gran maestro y observador del mito, D. H. Lawrence, un forastero en tierra extraña:

Pero ahí tenemos el mito del blanco norteamericano esencial. Todo lo demás, el amor, la democracia, las ansias de vivir parece algo secundario. El alma americana esencial es dura, aislada, estoica y asesina. Aún está por ablandarse.

Slotkin utiliza esta cita para distinguir entre las diversas clases de mitologías que Norteamérica, de modo característico, necesita para «hacer lo que debe hacer». El buen sheriff, un hombre fuerte y amante de la paz; ése es el mito popular. El estoico asesino que acecha bajo la superficie de una conciencia colectiva esencial es la auténtica realidad. Nadie lo comprende mejor que Oakley Hall.

Warlock narra una serie de acontecimientos violentos que se produjeron en la ciudad de ese nombre y su entorno en un territorio del suroeste durante el decenio de 1880. La narración, que en parte dimana del diario de un personaje ficticio, constituye un examen de lo que a nivel más profundo presagian dichos acontecimientos. Goodpasture, el cronista, reflexiona sobre el equilibrio de la justicia, a cuya luz podría considerarse la primera serie de muertes. Un ayudante del sheriff ha tenido que «habérselas» con un vaquero de la localidad que estaba de juerga, golpeándolo y causándole la muerte sin querer. Llegan finalmente unos vengadores y consiguen ajustar cuentas. Según escribe Goodpasture, «en este turbulento rincón del mundo, esas cosas pasan, y no se consideran sino como un desafortunado incidente».

El «turbulento rincón del mundo» en cuestión es la frontera norteamericana en la última década de su trazado definitivo, pues el Ministerio del Interior lo dará oficialmente por concluido en 1890. En realidad, tal como el cronista sabe pero niega, en ese último refugio de inadaptados, oportunistas, asesinos profesionales y jugadores con escasísimas posibilidades de ganar, nada se acepta jamás como «un desafortunado incidente». Una necesidad primordial y absolutamente desesperada de salir bien parado, de aventajar al «siguiente hombre fuerte» o simplemente de superar la precariedad de la situación, es el motivo que impulsa a todo el mundo cuando se acaba un día en la vida de la frontera y empieza otro.

Las historias del Viejo Oeste con que han crecido los norteamericanos convierten en legendarios determinados aspectos de la frontera, al tiempo que reflejan el mito fun-

damental americano que Slotkin denomina «regeneración por la violencia». Esas historias, sin embargo, no son mitos en sí mismas, sino la sustancia de la mitopoética de Norteamérica. En *Warlock*, Oakley Hall utiliza detalles del duelo en el OK Corral, la guerra del ganado de Johnson, en Wyoming, y otros cuantos escenarios. Como Slotkin plantea y Oakley Hall sutilmente demuestra:

En la mitogénesis norteamericana, los padres fundadores no eran aquellos caballeros del siglo XVIII que constituyeron una nación en Filadelfia. Sino aquellos que (parafraseando a Faulkner en *Absalón, Absalón*) crearon violentamente una nación en un páramo implacable y opulento: los pícaros, aventureros y grandes terratenientes; los guerreros indios, los comerciantes, misioneros, exploradores y cazadores que asesinaron y fueron asesinados hasta conquistar el territorio desolado...

En la ciudad que lleva el evocador nombre de Warlock (resonancias de Young Goodman Brown¹), los apaches matan y mueren y son perseguidos por mexicanos que eliminan salvajemente a los vaqueros gringos y, a su vez, son asesinados por estos últimos. Tras haber contribuido a diezmar a indios y mexicanos, la Caballería de Estados Unidos se utiliza ahora contra la mano de obra blanca por parte de los dueños de las minas. Los criminales ganaderos que impusieron su propia ley en Rattlesnake Canyon son ahora rechazados y expulsados. Norteamérica, aspirando a los seudomitos que ella misma ha generado, sigue estando cautiva de sus más profundos y auténticos mitos.

ROBERT STONE

1. Entre otros significados, el término Warlock designa al Diablo, de ahí la alusión al cuento de Hawthorne titulado *Young Goodman Brown*, joven predicador que tras despedirse de su esposa, Fe, da un paseo por el bosque y se encuentra con cierta figura misteriosa y maléfica. (*N. del T.*)

WARLOCK

Dedico este libro a mi hijo Tad

PREFACIO

Este libro es una novela. Tanto la ciudad de Warlock como el territorio donde está situada son ficticios. Pero la relación de los personajes con seres reales, vivos o muertos, no siempre es pura coincidencia, porque muchos de ellos se componen de una amalgama de individuos que siguen viviendo en la frontera entre la historia y la leyenda.

El tejido de la narración, asimismo, está formado por acontecimientos reales e imaginarios; combinando lo que sucedió con lo que podría haber pasado, he intentado mostrar lo que debería haber ocurrido. Los entusiastas de la leyenda del Oeste podrán quejarse, por tanto, de que he utilizado elementos conocidos para construir una trama caprichosa, y de que he alterado o pasado por alto los hechos establecidos. De manera que, repito, esta obra es una novela. La persecución de la verdad, no de los hechos, es tarea de la ficción.

OAKLEY HALL

LIBRO PRIMERO
Duelo en el Corral Acme

Diario de Henry Holmes Goodpasture

25 de agosto de 1880

Canning, el ayudante del sheriff, había sido la esperanza de Warlock. Durante el tiempo que desempeñó el cargo llegamos a creer, con ese eterno optimismo humano, que se realizaban progresos, aunque moderados, hacia la implantación de una especie de orden público en Warlock. Desde luego era, con mucho, el mejor de la variopinta proliferación de agentes que se habían encargado de nuestra cárcel.

Canning era una persona decente, un individuo respetable, más bien prudente, como es natural, pero honrado. Se ocupaba de nuestros problemas diurnos y nocturnos, de las reyertas, de los mineros borrachos y los vaqueros con especial tendencia a irrumpir a caballo en el salón, el cuartucho de una meretriz o los billares, y a emprenderla a tiros con los brazos de las arañas de cristal.

Al escribir ahora sobre Canning, vuelvo a preguntarme cómo nos las arreglamos para que alguien quiera ser ayudante del sheriff, un puesto peligroso y a menudo fatal, a cambio de una mísera paga. No logramos que permanezcan mucho tiempo en él. Reciben su ínfimo salario durante un par de meses, y mueren, o se van, o ni siquiera se quedan el tiempo necesario para cobrarlo. Uno de ellos, en realidad, huyó el mismo día que tomó posesión del cargo, dejando la estrella sobre la mesa de la cárcel a la espera de su sucesor. También los hemos tenido malos; Brown, el anterior a Canning, era un bravucón insolente y borracho, y Billy Gannon *el Niño* se granjeó considerable fama y gratitud por ventilárselo en una reyerta de salón en San Pablo, valle abajo.

Canning debía de saber, además, que algún día tendría que enfrentarse con algún miembro de la cuadrilla de San Pablo, al incurrir, por prudente que fuera, en la enemistad, o en el simple desagrado, de Curley Burne o Billy Gannon, de Jack Cade, Calhoun, Pony Benner, uno de los hermanos Haggin, o incluso del propio Abe McQuown. No me extrañaría que, en alguna de sus peores pesadillas, hubiera visto a toda esa banda de maleantes del valle atacándolo todos a una.

Ni siquiera ahora existe una opinión unánime entre aquellos de nosotros que los consideramos como elementos indeseables en Warlock. Hay quienes dirán que Cade es el único verdaderamente «malo» de esa gente, acaso también Calhoun cuando lleva una copa de más; otros pensarán que Luke Friendly es un fanfarrón, y Pony Benner quizá tenga malas pulgas a veces, pero que Billy Gannon, cuando se le trata, es un chico estupendo, Curley Burne un amigo fiel y sin preocupaciones, y que a McQuown no se le puede tildar de cuatrero, puesto que sus incursiones en México para traerse ganado no se pueden calificar exactamente de robo.

Por muchos hombres honrados que mueran a sus manos, o que obliguen a marcharse por miedo, siempre habrá, según parece, quienes defiendan que sólo son jóvenes llenos de vida, traviesos, amantes de las diversiones, quizás un tanto atolondrados; e incluso yo mismo he de reconocer que entre ellos hay muchachos agradables. Y a pesar de que conviertan muchos sábados por la noche en frenéticos carnavales de violencia con derramamiento de sangre incluida, y de los múltiples asaltos a la diligencia y sustracciones de reses, siempre estarán sus partidarios para afirmar que no suelen robar a sus vecinos (debo admitir, asimismo, que Matt Burbage, cuyas tierras lindan con las de McQuown, no lo culpa de expoliar su ganado); que limitan sus incursiones depredatorias al otro lado de la frontera; que no son ellos quienes asaltan las diligencias, sino bandidos solitarios de más al este que se ocultan por estos lares para huir de la justicia; que, en realidad, las co-

sas podían ir mucho peor si Abe McQuown no mantuviera a raya a esos bravucones de San Pablo, y así sucesivamente. Y tal vez tengan razón, en parte.

McQuown es un personaje enigmático, sin duda. Su padre y él son dueños de unas tierras tan extensas y fértiles como las de Matt Burbage, y, a primera vista, podrían ser unos rancheros apreciados y respetables. Desde luego no parecen más prósperos, con el desorden en que viven. Abe McQuown es un individuo barbirrojo, flaco y taciturno, que irradia una explosiva aureola de poder y una resolución sin objeto preciso. Tiene unos ojos verdes, saltones, que, según dicen, son capaces de lanzar chispas o paralizar a un hombre a quince metros de distancia; de mediana estatura, complexión ligera y brazos largos, camina curiosamente echado hacia atrás, como un joven cadete, las manos apoyadas en el cinturón con adornos de plata, la barba pegada al pecho, y los verdes ojos lanzando rápidas miradas a diestro y siniestro. Paradójicamente, sin embargo, manifiesta una timidez que le confiere cierto encanto, y hablando con él es difícil no considerarlo un tipo estupendo. Su padre, el viejo Ike, a resultas de un balazo que recibió en la cadera hará unos seis meses en una expedición para robar ganado, ha quedado paralítico de cintura para abajo y, según dicen, se está muriendo. Pues adiós y buen viaje; es una verdadera bestia, un ser mezquino y repugnante.

Como decía, Canning debía de barruntar el enfrentamiento. Al recordarlo, lo siento enormemente por él, al tiempo que me pregunto lo que pensaría el astuto y cruel McQuown. ¿Qué clase de amenaza veía en Canning? ¿Simplemente la que un hombre con autoridad representa para la supremacía de otro? Según todas las apariencias, se llevaban bien. Lo cierto es que Canning nunca interfirió en las actividades de McQuown, ni se metió con él. Era demasiado prudente para eso. Canning era una persona querida y respetada por la mayoría de la gente, y un hombre de la inteligencia de McQuown debió de tenerlo en cuenta, porque ¿existe en alguna parte alguna persona im-

portante que no desee ser la más admirada? ¿Y cometerá esa persona un acto despreciable sin tratar de distorsionarlo en su propio beneficio?

Pondré por escrito, pues, lo que pienso: que McQuown escogió con tino el momento, el lugar, la ocasión; que todo fue meticulosamente planeado; que McQuown no es simplemente un joven brioso, travieso y con ganas de vivir, ni un muchacho consentido y obstinado; sino que, además y por encima de todo, estaba celoso del prestigio que había adquirido su esbirro Billy Gannon al despachar a aquel ayudante del sheriff odioso y bravucón, y aspiraba a emular su hazaña.

Hará cosa de un mes, Canning tuvo que habérselas con un joven vaquero llamado Harms. Era un sábado por la noche y Harms se presentó en la ciudad con la paga de un mes, que pronto perdió jugando al faraón en el local de Taliaferro. Con el estómago lleno de whisky pero sin un céntimo ya en el bolsillo, y sin más medios de diversión, el vaquero se desahogó plantándose en medio de Main Street y disparando a la luna los seis tiros de su revólver, cosa no muy censurable en realidad. Canning, sin embargo, se acercó a él, acto que tampoco puede reprochársele al agente de la ley, y, con cierto peligro para su propia integridad, forcejeó con Harms con objeto de despojarlo del escandaloso Colt. Al final tuvo que golpear al muchacho por encima de la oreja con el arma para tranquilizarlo, lo que cabe calificar como un procedimiento aceptable. Canning condujo luego a Harms ante el juez Holloway, quien lo obsequió con una noche de alojamiento en la cárcel. Liberado a la mañana siguiente, Harms emprendió el regreso al valle, pero por el camino se cayó del caballo, que lo llevó a ras-tras, y murió. No cabe duda de que en buena parte su muerte se debió al golpe que había recibido.

Fue una pena. Todos los que nos paramos a pensar en ello lo lamentamos mucho, y estoy seguro de que Canning lo sintió más que nadie. Sin embargo, en este turbulento rincón del mundo, esas cosas pasan, y no se consideran sino como un desafortunado incidente.

Creo que hay una doctrina en las Indias Orientales según la cual el más inconsecuente de nuestros actos configura nuestro destino, y así ha sido en el caso del pobre Canning. Aparece, entonces, un nuevo enviado de la providencia, una semana o diez días después, en la persona de Lige Harrington, individuo engréido, fanfarrón más ridículo que peligroso, y uno de los adláteres menos importantes de McQuown. Harrington se proclamó amigo íntimo de Harms, y su vengador. Saltaba a la vista cuál era su pretensión: labrarse una reputación a expensas de Canning, y adquirir prestigio entre los de San Pablo. Bien cargado de valor líquido, Harrington intentó matar a Canning, pero en un abrir y cerrar de ojos fue despachado, metido en un cajón y enterrado en Boot Hill¹.

Una vez más, a mi entender, a nadie le importó mucho. Esa clase de estúpidas bravuconadas debe de ser la pesadilla de cualquier agente de la ley. Y no me sorprendería que Canning tuviera una horrible visión de cómo el Bien lleva consigo la semilla del Mal, y el Mal su particular precariedad para un hombre de su posición. Porque, en definitiva, ¿qué es el Bien y el Mal, sino cuestión de opiniones? Desde luego hubo quienes afirmaron que Canning había asesinado al desventurado Harms, así como a su vengador Harrington, por estúpido e insignificante que fuera. ¿Acaso la sospecha de culpa, por leve que sea, no prefigura ya una degradación?

Y me pregunto si Canning no vio la telaraña que empezaba a envolverlo ni la araña roja que, poco a poco, iba tejiendo los hilos. Porque pronto se propagaron rumores. Más le habría valido marcharse de la ciudad. La amenaza, anónima al principio, al cabo de un tiempo se asoció al nombre de McQuown. ¿Quién otro, si no?

Yo había oído habladurías sobre un conflicto inminente entre Canning y McQuown, pero los desechaba, las til-

1. Literalmente, «Colina de las botas», cementerio donde se enterraba a los muertos «con las botas puestas» en duelos o peleas; el término se originó en Dodge City. (*N. del T.*)

daba de murmuraciones sin sentido. En cierto momento, no sabría decir cuándo, me di cuenta de que no lo eran; lo comprendí al igual que todo Warlock, con una sacudida de funesta ansiedad, como una cuerda que se estira de pronto y emite un zumbido al tensarse. He dicho que Canning era un hombre prudente. Si hubiera sido lo bastante juicioso, se habría marchado de la ciudad cuando los rumores empezaron a circular, mientras podía hacerlo sin excesiva merma de su prestigio. Pero ya había ido demasiado lejos. Se había labrado una reputación, como hombre y como pistolero. Estaba atrapado en sus propias redes, tanto como en las de McQuown. No se marchó a tiempo, y McQuown salió anteayer de San Pablo y vino con todos sus hombres.

Estuvieron toda la noche alborotando por la ciudad. No tan desenfrenadamente, sin embargo, como para salirse de lo normal, lo que considero, asimismo, como un signo de astucia por parte de McQuown: había motivo, aunque quizá nada urgente ni absolutamente justificado (¡según nuestros criterios!), para que el ayudante del sheriff interviniera. Pero Canning no se metió en líos; aquella noche no lo vimos salir a la calle.

Para entonces, sin embargo, se veía venir; ayer por la mañana había curiosos deambulando por la calle, y Canning acudió temprano a la cárcel. Yo me quedé mirando por la ventana tan ansiosamente como el resto de Warlock, en aquella tensión angustiada y funesta, esperando que se escenificara el conflicto.

Ya era mediodía cuando McQuown apareció en medio de Main Street con su camisa de gamuza y su reluciente sombrero de copa alta, avanzando con aire desdeñoso entre el fino polvo de la calle. Efectuó unos disparos al aire y se puso a gritar, lanzando provocaciones como: «¡Sal a la calle, ya has asesinado a demasiadas personas decentes!», etcétera. Canning salió de la cárcel y yo –no más cobardemente, he de decir en mi defensa, que cualquier otro ciudadano de Warlock– cerré la tienda y me dirigí a mis habitaciones de la planta alta, en donde podía observarlo todo desde un ángulo más estratégico y con mayor seguri-

dad. Desde allí vi a Canning caminar con paso firme hacia McQuown. Volvió la cabeza una vez, y a su espalda, casi ocultos entre las sombras de los soportales, vi a dos hombres. Reconocí a uno de ellos, Pony Benner, por su corta estatura, y el otro me han dicho que era Jack Cade, esbirros ambos de McQuown.

Canning prosiguió su avance, pero al cabo de unos metros aminoró el paso. Recobró enseguida el ritmo, pero sin convicción. Echó a correr por Southend Street, cogió su caballo del Corral Acme, propiedad de los hermanos Skinner, y huyó de Warlock.

Los ojos me ardieron de rabia y vergüenza al comprobar que no había en Warlock un hombre que saliera a la calle con un Winchester para enfrentarse a aquellos demonios que acechaban a Canning por la espalda, y al ver a McQuown, que echándose hacia atrás el sombrero blanco soltaba una carcajada, como si acabara de ganar una partida a las cartas. Y me siguen escociendo todavía.

Anoche los honrados habitantes de Warlock cerraron a cal y canto la puerta de sus casas, y no dejaron ninguna luz encendida por miedo a los disparos. Los vaqueros deambularon por las calles, peleándose, gastándose ruidosas bromas, y disparando a la luna las veces que les vino en gana. Sólo se calmaron, como garañones, cuando se dirigieron en tropel al French Palace y a los burdeles de Peach Street. Tras un breve respiro volvieron a armar un espantoso jaleo, que duró hasta la madrugada, cuando la tomaron con las carretas que transportaban a los trabajadores a las minas, y soltaron a las mulas y las echaron de la ciudad. Se apropiaron de la calesa del médico y junto con la carreta de riego se lanzaron por Main Street en desenfundada carrera, haciendo muchas otras diabluras. Antes de mediodía se marcharon a San Pablo con gran jolgorio, dejando agonizante a nuestro pobre barbero con un balazo en los pulmones. Pony Benner le disparó porque, al parecer, le cortó en la mejilla al afeitarlo.

Así se divertían los revoltosos muchachos, y así ponían en práctica sus infames juegos, echando a un buen hombre

de esta ciudad y asesinando a un pobre e inofensivo individuo a quien se le había ido la mano con la navaja porque estaba absolutamente aterrorizado.

No creo que hubiéramos movido un dedo por Canning, porque su vergüenza también era nuestra. McQuown ha de conocer bien nuestra cobardía, y contar con ella, y menospreciarnos por eso. Así debía ser, y por eso nos despreciábamos a nosotros mismos. No obstante, y lo mismo que con Canning, un acto intrascendente puede haber desencadenado fuerzas adversas contra McQuown. La muerte de nuestro desgraciado barbero ha exacerbado los sentimientos y la voluntad de una forma nunca vista por aquí. Aunque no podamos pregonar nuestra indignación por la vergonzosa conducta de Canning, porque también nos señala a nosotros, sí estamos en condiciones de expresar nuestra justa cólera por el asesinato del barbero.

El Comité de Ciudadanos se reúne esta noche, convocado para defender la paz y la seguridad en Warlock, no en nombre de la justicia, sino del sentido común, porque si la ciudad se ve negativamente afectada por la anarquía, la violencia y el crimen, sus consecuencias también las sufrimos nosotros, los comerciantes. Además, Warlock no cuenta con otro posible guardián. Cabe esperar que el Comité de Ciudadanos esté en condiciones, en esta ocasión, de recobrar la compostura y hacer, por fin, algo de provecho.

La organización de la que en principio surgió el Comité de Ciudadanos se llamaba, quizá más apropiadamente, Comité de Comerciantes de Warlock, incluyendo al doctor Wagner en su calidad de propietario de la Oficina de Ensayo de Minerales, a la señorita Jessie en su condición de dueña de una casa de huéspedes, y al juez en tanto agente, dentro de su magistratura, de una empresa comercial*.

* Componían el Comité de Ciudadanos en ese tiempo los siguientes miembros: el doctor Wagner, la señorita Jessie Marlow, el juez Holloway, Goodpasture (almacén al por menor), Petrix (Banco de

Hace algún tiempo, sin embargo, cuando resultó evidente que la concesión del estatuto de ciudad a Warlock, y por tanto de algún tipo de administración, no era inminente, se resolvió que el comité original ampliara sus atribuciones. Como constituíamos la única organización existente, aparte de la Asociación de Directores de Minas, nosotros, los comerciantes, parecíamos destinados a poner en marcha una especie de asamblea de gobierno provisional.

De inmediato se propuso el tradicional estilo de gobierno ciudadano. Se acogió la sugerencia con un entusiasmo muy democrático que, no obstante, decayó rápidamente. Yo mismo, que fui quien formuló la propuesta, enseguida la consideré a todas luces impracticable en esta ciudad, un lugar en donde las pasiones se desbocan por el menor motivo, y los hombres van armados del mismo modo con que llevan sombreros para protegerse del sol, y en donde una enorme proporción de habitantes pertenece a la clase baja e ignorante, si es que no son fugitivos perseguidos por la justicia.

Están, por ejemplo, los mineros, que constituyen el grueso de la población. ¿Acaso son lo bastante inteligentes y responsables para confiarles el voto? No lo son, creemos nosotros, quizá con cierto sentimiento de culpa. Luego están los intereses de la prostitución, del juego, del salón; cierto es que Taliaferro y Hake pertenecían al Comité de Comerciantes, pero ¿podríamos otorgarles a ellos y a sus empleados de dudosa reputación un poder proporcional al de otros ciudadanos más respetables? Asimismo se suscitó la cuestión del ámbito territorial que debía tener la ciu-

Warlock y el Oeste), Slavin (Compañía de Diligencias de Warlock), Pike Skinner (Corral Acme), Hart, Winters (Armería Hart y Winters), MacDonald, Godbold (directores, respectivamente, de las minas Medusa y Sister Fan), Egan (Almacén de Forraje y Grano), Brown (Billiard Parlor), Pugh (hotel Western Star), Kennon (establo), Rolfe (Transporte Rápido de la Frontera), Swartze (Boston Café), Robinson (almacén de madera, carpintería y serrería Bowen), Hake (Glass Slipper), y Taliaferro (propietario del Lucky Dollar y del French Palace).

dad-estado. Si habíamos de incluir a los rancheros del valle de San Pablo, ¿qué haríamos con gente como Abe McQuown, por no hablar de los Haggin, Cade y Earnshaw, hacendados todos ellos al menos a pequeña escala, y al mismo tiempo azote de Warlock?

Así pues, nuestro proyectado estado fue reduciéndose paulatinamente, hasta convertirse en una especie de club de acceso restringido a la gente decente, a los ciudadanos biempensantes, a la élite de la población; llegó a circunscribirse, en definitiva, a los comerciantes de Warlock: es decir, a nosotros mismos, sólo que con unas cuantas adiciones, porque la ciudad ha crecido entretanto, y una nueva denominación: «Comité de Ciudadanos de Warlock». Debemos actuar, ahora, o abandonar toda pretensión a utilizar ese nombre.

La situación es verdaderamente absurda. Keller* nunca aparece por aquí. No somos de su incumbencia, asegura con firmeza. Cuando alguien se acerca a Bright's City, ya sea por su cuenta o como miembro de los numerosos subcomités instituidos, para exponerle nuestros argumentos, a él y al propio general Peach**, sobre el asunto de la aplicación de la ley en Warlock, Keller sostiene que, en su opinión, el territorio que se extiende más allá de los montes Bucksaw no pertenece al condado de Bright, y que el general Peach y sus asesores están actualmente trabajando en la delimitación de las fronteras del nuevo condado, que pronto quedará establecido. Warlock recibirá entonces el estatuto de ciudad, y se convertirá, desde luego, en la capital del condado. Eso ocurrirá el día menos pensado, asegura; un día de éstos, repite una y otra vez. Pero ese día sigue sin llegar. Keller puntualiza, cuando empiezan a darle la lata, que al presentarse para el cargo no hizo campaña para conseguir nuestros votos, y que no nos prometió nada, lo cual es cierto; y que él nos ha facilitado algunos de sus ayudantes, cuando podíamos haber-

* El sheriff Keller, del condado de Bright.

** General G. O. Peach, gobernador militar de Bright's City.

los contratado de nuestro bolsillo, cosa que también es cierta.

Sin esperanzas, por tanto, de recibir ayuda de arriba, hartos de la violencia de McQuown y su cuadrilla de San Pablo, varios miembros del Comité de Ciudadanos hemos decidido exponer con firmeza en la reunión de esta noche que nuestra única solución reside en contratar a un Agente de la Autoridad con carácter retribuido. Se trata de una práctica corriente, y hay una serie de famosos pistoleros disponibles para tales puestos si la paga es lo bastante elevada. Los contratan grupos como nosotros, o consistorios de ciudades más legítimas y afortunadas, y cobran sus honorarios o bien mensualmente o mediante un régimen de recompensas.

Algo debe hacerse, y no hay nadie capacitado para ello aparte del Comité de Ciudadanos. Esta noche se verá si los más decididos de entre nosotros superamos en número a los tímidos. Creo que todos nos hemos llevado un buen susto ante la huida de Canning, y el miedo a veces engendra su propia determinación.

26 de agosto de 1880

Al fin, según parece, algo se ha hecho. La reunión de anoche fue tranquila y breve; todos estuvimos de acuerdo, excepto el juez Holloway. Hemos mandado llamar a un comisario, tras contraer la obligación de aflojar el bolsillo con objeto de ofrecerle una considerable suma de dinero al mes. Se trata de Clay Blaisedell, en la actualidad comisario de Fort James. No conozco mucho sus hazañas, sólo que fue él quien mató a Big Ben Nicholson, el bandido tejano, y que es bastante famoso; nombres como el suyo surgen de cuando en cuando como un meteoro, adscritos a toda clase de delirantes historias de intrépidas hazañas.

Le hemos hecho una oferta sin par, para que cumpla su cometido de manera sin igual. Tal es, al menos, la reputación de nuestro futuro comisario, que fue uno de los cinco famosos agentes de la autoridad a quien Caleb Bane, el es-

critor, regaló hace poco un par de Colts Frontier con cachas de oro, por ser los más eminentes en su especialidad, y también, desde luego, los más lucrativos para Bane en su condición de cronista de hechos heroicos. Un digno acto de gratitud por parte de Bane, sin duda, aunque cínicamente se rumorea que a cambio les pidió sus antiguos revólveres, plagados de muescas, para vendérselos a coleccionistas de recuerdos sombríos obteniendo así una considerable ganancia en la operación.

De manera que hemos llamado a Clay Blaisedell: no para que sea comisario de Warlock, ya que desde el punto de vista legal no existe tal lugar, ni tal cargo; sino para que actúe como comisario por designación del Comité de Ciudadanos de un limbo oficial*. Ésta es nuestra tercera medida, y la más osada, como gobierno por defecto de este lugar; o como autoridad local «por aceptación», término que el juez Holloway suele utilizar para referirse a su calidad de juez, pues tampoco él tiene carácter oficial. Nuestra primera iniciativa fue construir la pequeña cárcel de Warlock mediante suscripción entre nosotros, con la esperanza de que la presencia de dicha estructura ejerciese cierta influencia apaciguadora en la población. No ha tenido tal efecto, si bien ha demostrado su utilidad al menos en dos ocasiones como fortaleza en la cual los ayudantes del sheriff podían buscar refugio de ciertos malhechores con

* La situación de Warlock era en buena parte tal como la describe Goodpasture. El general Peach, administrador de notoria ineptud, estaba resentido porque creía que su fama y sus servicios a la nación justificaban una posición más elevada que la de gobernador militar del territorio. Pese a los reiterados ruegos y requerimientos, la ciudad de Warlock, que contaba con una población casi tan numerosa como la de Bright's City, incluyendo el territorio y la capital del condado, no había logrado el reconocimiento oficial; y corrían tan insistentes rumores de que la mitad occidental del condado de Bright's iba a constituirse en territorio independiente, que el sheriff Keller podía sentirse justificado, y también agradecido, para olvidarse casi por completo de la región de Warlock y el valle de San Pablo. Estaba previsto, sin embargo, el establecimiento de un sheriff en Warlock.

tendencias asesinas. La segunda fue adquirir un carro de bombeo, y garantizar una parte del salario de Peter Bacon, que se ocuparía de conducir la carreta de riego de Kennon al tiempo que ejercía el cargo de jefe de bomberos. Los impuestos no resultan menos penosos bajo otro aspecto.

Escribo con ligereza sobre las que han sido decisiones demasiado graves para que las tomaran hombres medianos como nosotros, pero me siento optimista y esperanzado, y los miembros del Comité de Ciudadanos, si es que puedo erigirme en su portavoz, nos sentimos muy orgullosos de haber superado el miedo de ofender a los vaqueros, y nuestra natural reticencia a prescindir de parte de las ganancias que obtenemos de ellos y de los mineros, y también de nuestras recíprocas relaciones comerciales, realizando por fin el intento de contratar a un Hombre. No quiera el destino que a nuestro salvador se lo ventilen unos bandoleros por el camino y llegue aquí con las botas por delante de la artillería.

Hay que contratarlo, como dijimos anoche, para que imponga el Orden Público en Warlock. Pero en realidad se le contrata, aunque nadie lo diga en voz alta, para que se enfrente a los de San Pablo. Por supuesto, nos hemos preguntado infinidad de veces lo que debe hacerse contra la legión de indómitos vaqueros de McQuown. Al tratarse de una pregunta sin respuesta, como personas sensatas que somos, hemos dejado de formularla. No exigimos Orden Público tanto como Paz y Seguridad, y una ciudad en donde la gente pueda dedicarse a sus asuntos sin miedo a encontrarse con una bala perdida, disparada en una pelea que no le atañe en absoluto, ni a hacer un gesto insignificante que incurra en el desagrado homicida de un vaquero borracho. El comisario de Warlock deberá ser, en efecto, como su nombre indica un verdadero Diablo*.

* La ciudad tomó su nombre de la mina Warlock, abandonada en ese tiempo. Se cuenta la siguiente historia del nombre de la mina Warlock: Richelin, que descubrió un filón de plata, había estado buscando mineral en los Bucksaw en circunstancias extremadamen-

No se sabe cuándo llegará, si es que acepta nuestra proposición, cosa de la que estamos seguros. En cualquier caso, rezamos para que así sea. Clay Blaisedell es nuestra esperanza en estos momentos. Creo que nos hace falta, en él, no ya un hombre de un valor puro y temerario, sino una persona que sepa infundir coraje a esta ciudad, que es, al fin y al cabo, la simple suma de cada uno de nosotros.

1 de septiembre de 1880

Evidentemente Canning se las ha arreglado para transmitir alguna de sus limitadas cualidades. Carl Schroeder, que era, según tengo entendido, su más íntimo amigo, ha dejado su puesto de guardia armado en la línea de diligencias de Buck Slavin, para asumir el cargo de ayudante del sheriff, por una tercera parte de su paga. Está loco. Que Dios proteja a tales locos, porque nosotros no lo haremos.

8 de septiembre de 1880

¡Blaisedell ha aceptado nuestra oferta! Llegará dentro de unas seis semanas. Esa tardanza es lamentable, pero es

te peligrosas. Los habitantes de Bright's City, adonde él se acercaba de vez en cuando en busca de provisiones y con muestras para ensayo, lo consideraban un demente, y pensaban que su larga existencia, en estrecha proximidad con la banda de Espirato, era un milagro. En aquella ocasión, cuando se dirigía a Bright's City a registrar su descubrimiento, tuvo un encuentro con un grupo de apaches en el cual resultó muerto su *burro*. Logró, no obstante, llegar a la ciudad, y, cuando se propagó la noticia de su escapada, alguien observó que debía haberse largado volando sobre el mango de la pala, como una bruja. Al parecer, Richelin hizo un gesto obsceno en respuesta al comentario, y gritó: «¡Como alma que lleva el Diablo!». Sea como fuere, llamó Warlock a su primera mina, y a la segunda, Medusa. La Warlock, tras producir más de un millón de dólares en mineral, se agotó, y fue cerrada en 1878, poco después de que la Compañía Minera Porphyryon y Western adquiriese las propiedades de Richelin.

de suponer que Fort James necesita dotarse de un sustituto adecuado antes de su partida. Por otra parte, se dice que McQuown y su cuadrilla están en México, en una expedición para robar ganado, de manera que Warlock quizá siga siendo una ciudad habitada para cuando llegue nuestro hombre.

21 de septiembre de 1880

Ha llegado un jugador llamado Morgan y ha comprado el Glass Slipper a Bill Hake, que se ha marchado a California. El nuevo propietario de la más antigua casa de juego de Warlock ha traído dos asistentes; un tipo gigantesco, bizco, que desempeña las funciones de vigilante y factótum en general; y otro bajito, resplandeciente, semejante a un pájaro, sobre cuyo cometido no estaba seguro hasta que descubrí que Morgan había importado para su miserable y desprestigiado establecimiento (además de una magnífica araña de luces que mejora en mucho el interior del Glass Slipper) un piano, y el hombrecillo es su «profesor». Se trata del primer instrumento de ese tipo que hay en Warlock, y la música que sale del salón es una maravilla y una alegría para la ciudad, así como una desesperación para Taliaferro y su Lucky Dollar. Se rumorea que Taliaferro también va a traer uno, ya sea para el Lucky Dollar o para el French Palace, poniéndose así a la altura de la competencia.

Morgan es un individuo bien parecido, de cabello prematuramente gris, aire sarcástico y carácter reservado. Su comportamiento, como recién llegado, ha sido objeto de numerosos comentarios, y los modales con que trata a sus parroquianos no parecen buena práctica comercial en un lugar en el que sólo pueden hacerse amigos o enemigos. Pero la música de su «profesor» continúa siendo muy admirada.

11 de octubre de 1880

McQuown y varios de sus compinches, entre los que no se encontraba Benner, el asesino del barbero, han vuelto un par de veces a la ciudad. Su comportamiento ha sido impecable, como si estuvieran abochornados por sus últimos excesos, y fueran conscientes de la actitud hostil que en general se les muestra por aquí. O puede que McQuown se haya enterado de que hemos contratado los servicios de una Némesis.